

La Llama viva la *Idea de Bien* en el claroscuro platónico de *La República*

«Papá..., si no hubiera sombras, ¿qué pasaría?»

Iris Espinosa (5 años)

Abstract.

Throughout *The Republic*, to a greater or lesser extent in its various books, the idea of Good is as emphatically stated as its definition is avoided. In the face of this *desertion* so closely followed by many eminent figures, this article aims to show that the idea of Good is developed by Plato in two parallel but not alien ways. It concludes, on the one hand, that the *beloved* idea is nothing other than a formulation of the logical need of all definitions, i.e., a need internal to the Theory of Ideas; on the other hand, it is a gigantic and moving hypostasis of man's capacity and need to know and live with dignity.

A lo largo de *La República*, menos en alguno de sus libros que en otros, **La Idea de Bien es tan enfáticamente afirmada como eludida su definición**. Ante esta *deserción*, seguida de cerca por tantos *notables*, este artículo defiende que La Idea de Bien tiene en Platón dos desarrollos paralelos, pero no ajenos. Por un lado, concluye que la *bienamada* idea no es sino una formulación de la necesidad lógica de toda definición, dicho de otro modo, una necesidad interna a la teoría de las ideas; por otro lado, es una gigantesca y conmovedora hipóstasis de la capacidad y necesidad que el hombre tiene de conocer y vivir con dignidad.

Cuentan de Napoleón que sublevó en su favor a las tropas que habían de arrestarlo, haciéndolas desertar. Puede que algo del desvarío del corso y de su poder de seducción hayan cruzado los eones del tiempo para tomar posada en mi ánimo, pues como aquel ejército y tras mucho pertrechar mi artillería contra

* I.E.S. Jorge Juan. Puerto de Sagunto.
uif@inicia.cs

los hoplitas platónicos, he acabado como desertor y no sé si defensor de los términos mismos en que el autor de la República tuvo a bien expresarse. Había prometido y me había prometido singular combate..., pero habré infravalorado a los conocedores de Platón y sobrestimado mis fuerzas. Se me habrá de perdonar, espero, mi arrogancia al pretender poner cerco al filósofo de quien se dijo que la entera historia de la filosofía acampaba al pie de su obra. Quede la definitiva lid para más fortificado intelecto. Sí he podido, sin embargo, dar con unas viejas notas que copiaban las reflexiones que, al hilo del discurrir de la Academia, hizo uno de sus discípulos más desconocidos, quizás por ser de común nombre: **Aristocles de Anteias**. Es lo que sigue una redacción algo dispersa, henchida de curvas y añagazas a veces, pero que juzgo menores y que si a la ceñuda policía del pensamiento le retuerce las meninges, a mí me traen sin cuidado. Es un escrito, el que decía que sigue, subjetivo, deliberadamente subjetivo y, en ocasiones, *psicologizante* (nada, *of course*, de psicometrías o behaviorismos..., no teman), y que pretende mostrar parte de un recorrido genético por las disquisiciones, lagunas, remansos y rápidos del discípulo de Platón.

Lo que estoy prologando ahora es, pues, un análisis de los *apuntes escolares* del mencionado Aristocles, y de los que no guardo -lo siento, me habré de flagelar por tal descaro- la menor referencia que me legitime. Me he permitido alguna libertad *narrativa*, pues hago comentar a Aristocles las palabras de Platón cual si las leyera en canónica edición; es, naturalmente, un artificio para facilitar su lectura, pues las palabras del discípulo brotaron de la oralidad directa de Platón. Sólo un espíritu estreñado me afearía el ardid, supongo. Les parecerá quizás, y en ocasiones, menos *logos* que *poiesis* (se equivocarán, quizás no), pero es preferible a las ambigüedades o al silencio que pude padecer en algunas bibliografías de *notables* sobre el ateniense. En ellas reconozco, cómo no, su docta valía; pero más agradezco el acicate de su desertión. Les animo a incorporar a la lectura de este artículo (*fabulizante* en su apariencia) esa inusual perspectiva cordial, algo rousseauniana, cuando se trata de *filosofía seria y académica*, y a asumir que la indulgencia es menos atributo de la inteligencia que una cualidad del corazón, órgano con el que Aristocles quiso aproximarse a Platón y a sus -ya lo anticipo- inevitables titubeos y penumbras.

LA IDEA DE BIEN SEGÚN ARISTOCLES DE ANTEAS

I

¿Por dónde empezar? El discípulo de Platón declara sentirse perdido y atribulado. Eleva su queja porque su maestro habla de ella con menos claridad que sombras. Y se siente sobrecogido por una ignorancia que no le consuela, por mucho que Sócrates la encaramase a los altares de la sabiduría. Sospecha críticas certeras que luego declinan ante el magisterio, y las desecha por poco fundadas. ¿Es que no es el mismo Platón quien vela y veda toda posibilidad de conocimiento del Bien? En el libro VII de la República, refiere la *dianoia* como instancia desde la cual puede la razón proporcionar conocimiento matemático; pero quizás -apunta Aristocles- hay que entender ese ejercicio dianoético también como saber discursivo, esto es, la destreza racional que consiste en unir premisas, argumentos..., y deducir de todo ello una conclusión; dicho más claramente, el funcionamiento propio de la razón humana. Y acaba su planteamiento del modo siguiente: «¿qué posibilidad existe de que una semejante concatenación llegue jamás a ser conocimiento?»¹ ¡No es posible decirlo con mayor claridad! ¡Y significa -piensa Aristocles- que la Idea de Bien no es cognoscible! ¿Por qué? Porque el funcionamiento de la razón humana es discursivo. ¿Dónde se hallan las premisas que permiten echar lazo al Bien? Ha dicho *jamás*, casi grita el muchacho. Quizás Aristocles se equivocaba, y Platón no refería ese proceder discursivo que estructura la razón humana; sólo estaba enarbolando los fundamentos de su crítica a los geómetras, cuya concatenación de argumentos no hacía posible el verdadero conocimiento al valerse de hipótesis que dejaba intactas, esto es, al no remitirlas a un principio superior y anhipotético que les confriese paternidad. De hecho, en ese mismo lugar del libro VII, Platón niega a los geómetras ese conocimiento y dice, refiriéndose a «la geometría y las que le siguen (...que) no hacen más que soñar con lo que existe (... y que) aunque por rutina las hemos llamado muchas veces conocimientos, necesitan otro nombre que se pueda aplicar a algo más claro que la opinión, pero más obscuro que el conocimiento»².

Pero es tozudo Aristocles y ha creído ver, también, un atisbo escéptico sobre la capacidad humana de conocer. De ser así y ese escepticismo tener cimientos sólidos.

1 PLATÓN. *La República*, 533 C. Centro de Estudios Constitucionales. Madrid 1981.

2 *Ibid.*, 533 D.

dos aunque sutiles, la razón no podría conocer el que es máximo principio de su teoría de las Ideas: el Bien. Esto parece absurdo, dice Aristocles, pues Platón ha dicho en otro lugar (libro VI), que sí es posible el conocimiento del Bien; ha dicho que es «el más sublime objeto de conocimiento»³. Muy bien, piensa Aristocles, nada de razón discursiva y el conocimiento es posible, sí, pero como *pura iluminación*... Y el discípulo, con fina ironía, cree que Platón está rozando ya la isla de los místicos bienaventurados. Y se resiste a pensar que el maestro esté dando un salto fuera de la razón, por muy pura que se diga. Y es que los filósofos no han hecho otra cosa, desde el milesio Tales, que huir de lo vago e irracional, sostiene Aristocles.

II

Aristocles se cansa de las metáforas platónicas menos que de las repeticiones vulgares de sus otros discípulos, y de aquéllos que presumen de conocerlo bien. Hablan del Sol, de la Caverna y de la dichosa Línea. Quiere volver tangibles esas penumbras propias de poetas. Pero Platón regala poco. En la República, apenas unas pocas páginas hablan con cierta extensión del Bien. En ellas, Sócrates habla de la sublimidad de esta Idea y de su real conocimiento; más aún, si no conocemos el Bien, «aunque conociéramos con toda la perfección posible todo lo demás, excepto esto, no nos serviría para nada»⁴. No le extraña a Aristocles que Adimanto exija mayor claridad, aunque obtiene por respuesta la que sigue: «¿Te parece bien que hable uno de las cosas que no sabe como si las supicse?»⁵ O Platón no sabe lo que es el Bien o se sale por la tangente de los géometras, viene a decir el discípulo. Y no sólo eso, más tarde dice Sócrates en el diálogo, acerca del Bien, que es «un tema demasiado elevado»⁶, pero que está dispuesto a hablar «de algo que parece ser hijo del Bien»⁷. ¿Hijo de quién? Aristocles desliza en sus notas improprios que la *corrección política* de nuestros días no consiente reproducir.

Páginas después, en este libro VI de la República, establece Platón un paralelismo entre el Bien y el Sol. Se dice del Bien que es causa de todo conocimiento y fuente de toda razón, visión y sentido. Bellas palabras, anota Aristocles, pero ¿qué significan? Y, así, tampoco sorprende que el interlocutor que da réplica a

3 Ibid., 505 A.

4 Ibid., 505 A.

5 Ibid., 506 C.

6 Ibid., 506 E.

7 Ibid., 506 E.

Sócrates exclame perplejo: «¿Cómo? (... y diga) Explícamelo algo más»⁸. Dice poco Sócrates, poco Platón, dicen que el Bien hay que concebirlo «como objeto del conocimiento»⁹, al tiempo que «causa de la ciencia y la verdad»¹⁰. Todo se complica si observamos que el Bien, además, obra sobre las Ideas, dándoles su ser, subsumiendo su multiplicidad bajo la unidad del principio; de este modo, «a las cosas inteligibles no sólo les adviene por obra del Bien su cualidad de inteligibles, sino también (...) el Ser y la esencia»¹¹. Las Ideas son, pues, lo que son por obra del Bien. ¿Es, así, el Bien -anota Aristocles- una *superesencia* que confiere su ser a las esencias que son las Ideas? No, «... el Bien no es esencia, sino algo que está todavía por encima de (ella) en cuanto a dignidad y poder»¹². Esto ha dicho, esto ha escrito Platón. Quién habría de extrañarse de que el pobre y maltratado Glaucón, con perceptible sorna contenida e ironía, diga... «Qué maravillosa superioridad!»¹³

III

El pasaje de la Línea dividida culmina una argumentación anémica acerca del Bien, exhibiendo una confusa mixtura de conceptos que parecen más el delirio de un enajenado que la argumentación de un pensador, confiesa Aristocles a sus notas. O algo así. Son pertrechos escasos para quien requiere palabras claras y explicaciones rectas, y no deben sorprendernos estas enojadas intimidades del discípulo. El símil dice mucho de todo, pero poco o nada sobre el Bien; *insinúa*, posteriormente, que es un principio anhipotético, que es principio de todo -óigase bien, de todo- y que podremos «pisar allí terreno firme»¹⁴. Declara Aristocles, parafraseando a Platón, sentirse sumido en un bárbaro lodazal más que en un lugar al Sol. Mire donde mire, el discípulo no halla sino conformismo, huida y deserción respecto a una inequívoca definición de la Idea de Bien. Y Platón aparece el primero entre los desertores. La historia, aquélla que anota su obra a pie de página, lo secunda con un descaro impropio de amigos de la sabiduría y de la verdad.

8 Ibid., 508 C.

9 Ibid., 508 E.

10 Ibid., 508 E.

11 Ibid., 509 B.

12 Ibid., 509 B.

13 Ibid., 509 C.

14 Ibid., 533 C.

Si «el Bien no es esencia»¹⁵ -según dice Platón en boca hoplita-, no será esencia, desde luego; pero algo habrá de ser, ¿no? -pide Aristocles, desesperadamente. Pero ¿qué podemos decir de lo que no es esencia? ¿De lo que no es? ¿Qué podemos saber, esperar, decir de un *objeto* del que dirá Platón... «no lo conocemos lo suficiente»¹⁶?; más, «¿te parece bien que hable uno de las cosas que no sabe como si las supiese?»¹⁷; más aún, «...me parece algo sumamente difícil de admitir, aunque es también difícil (...) el rechazarlo»¹⁸. Admitir o rechazar ese supremo principio le parece a Platón tener la fuerza repartida por igual. ¿No atenta -dirá Aristocles- contra la contradicción que tanto repeluzna causa a mi maestro? ¿Qué hago yo aquí -trasladará a sus notas- intentando desentrañar lo que no puede ni quiere dejarse hendir por la luz? Será indulgente, Aristocles, e imaginará a su viejo maestro en su *trastienda*, repasando su compromiso cívico cruzado de desencanto, y necesitando de algo..., sí, de algo que «será o no será, que sobre eso no vale la pena discutir, pero lo que sí se puede mantener es que hay algo semejante que es necesario ver. ¿No es eso?»¹⁹. Bien, ésta es la disección del alma de Platón, implorante, pidiendo *un algo* necesario que dote de sentido y razón a sus argumentos, a su bifronte constructo filosófico-político; más, a sus esperanzas. ¿No es eso? Aristocles anota que no discutirá a su maestro después de esas blandas palabras. Será -dice- por esta única vez.

IV

El Bien es semejante al Sol, le han dicho Fedro y Fedón de Pale. (Ahorraré al lector el nuevo menú de dicerios que Aristocles hace saber a sus íntimas anotaciones)... Quizás Platón, reflexiona el discípulo, quiera decirnos que nada es pensable si no se acomoda a algún principio superior del pensamiento, que la recursión al Bien hace posible una confianza: que la razón puede pensar el mundo, que la realidad oferta por despacio y secreto una estructura que la razón puede cabalgar y determinar. Es algo que dijeron, por distinto y quizás no tanto, Heráclito y Parménides: que la estructura de la razón y la estructura del mundo se hermanan y solicitan; que todo acontecía según el logos y que era preciso convenir en que

15 Ibid., 509 B.

16 Ibid., 505 A

17 Ibid., 506 C

18 Ibid., 532 D

19 Ibid., 533 A.

todo es uno, que el pensar era común a todos (Heráclito); el otro, el Parménides que traduce Don Fernando (un abrazo y un recuerdo, señor), dice en su poema que «lo mismo es el pensar y el ser»²⁰ ... Inevitablemente somos criaturas del mundo. Acaso Platón, que estaba gestando el lenguaje del sentido, lo sospechaba; y **llamó Bien a esa identidad**. Algo de esto escribe Aristocles, pero también como otras veces se retracta al final y halla no estar seguro de reproducir poéticas imágenes de los interlocutores de antes, a quienes -dice- puso algunas objeciones. Volvieron a hablarle del Sol.

V

Pero es el propio Platón quien escurre el bulto y usa analogías sin el menor recato. A Aristocles le llama sobremanca la atención este hecho, que el maestro recurra a metáforas, esto es, representaciones, oblicuidades poéticas en definitiva. ¿No es extraño en quien no concede verdadera realidad a esas instancias? ¿Es que pretende el maestro hablar de «la parte más brillante del Ser»²¹ con poco más que sombras? ¿No se trata de salir de la Caverna? En Calípolis, recuerda Aristocles, a dos días de Anteas, un viejo amigo, Palcezanacles -artista y orfebre-, le dijo haber renunciado a un sueño de juventud: captar para sus obras la luz en sí misma y, ya en vejez, limitarse a representar su manifestación (su analogía..., su penumbra) en las cosas. Tal vez estuviera en lo cierto, diría después Aristocles, y con él Platón. Y tantos otros.

Hay un momento en las anotaciones del joven Aristocles en que parece dispuesto a quemar sus naves, pero también advertimos un último esfuerzo por desentrañar la Idea de Bien. Retoma su cuaderno y observa que «...el que tiene visión de conjunto es dialéctico»²². Y dice querer atreverse a la empresa desde esta atalaya. Dos cosas declara no querer olvidar: **el telos político** de la preocupación platónica y **su obsesión pedagógica**. Dos caras del mismo dracma. Platón piensa siempre en la necesidad de un buen gobierno que disponga la vida de la polis para su bien común; y, en esa misma medida, en la educación que debe atravesar el que haya de ser su rector. Éste, el gobernante, debe poseer un conocimiento que lo

20 MONTERO, Fernando y otros. *La filosofía presocrática*, p. 147. Publicaciones del Dpto. de Historia de la Filosofía. Universidad de Valencia (1978).

21 PLATÓN. Op. cit. 518 CD.

22 Ibid., 537 C.

capacite para la buena tarea de gobierno. No será gobernante adecuado quien desconozca la realidad o se confunda con el río de las muchas apariencias, del que la diosa apartó a Parménides. La primera condición del gobernante es, pues, anterior al gobierno mismo, anterior a la práctica política misma; y es de orden pedagógico y filosófico. Antes de nada, el gobernante debe saber determinar el curso de lo real, conocer la auténtica realidad, la verdadera naturaleza de las cosas. Empeño de los primeros filósofos. La destreza política del gobernante es tributaria de la destreza filosófica, y el buen gobierno lo es de la sabiduría. Los débitos de la política son de orden filosófico.

Por debajo de la diversidad de las cosas y de su intrínseca mutabilidad, el gobernante sabrá, por filósofo, vislumbrar la unidad; y no se engañará cuando aborde los singulares eventos políticos, creyéndolos diversos y sin raíz, pues en su seno palpitará el principio, lo que siempre existe y es uno y lo mismo: las Ideas, el Bien. Su saber de la Justicia, de la Belleza o de lo Bueno lo capacitará para ver no este acto justo o aquél, no esta cosa bella o aquélla, y no este acto de bondad o aquél de iniquidad sino la forma misma que les da a todos ellos su ser..., hoy y ayer, mañana, siempre. Si el gobernante no advirtiera más que un racimo de centrífugas circunstancias, sin conexión, sin vislumbrar la base común..., sería como un estandarte roto y vencido en el que el viento demora sus huestes más bárbaras y crueles.

¿Cómo podría la ciudad delegar su destino en quienes son títeres del círculo sin fin? El gobernante no puede ignorar que hay un centro, un corazón firme y silencioso en el vendaval. No hay felicidad sin gobierno recto, así lo creen los griegos -dirá Aristocles. Platón, quiso el muchacho, no era una excepción, y pensó que de la educación depende que el gobernante se aplique al mejor gobierno. A nadie extraña -dicen sus notas- que el maestro se viera «obligado a reconocer, en alabanza de la verdadera filosofía, que de ella depende el obtener una visión perfecta y total de todo lo que es justo»²³. Ciudad feliz equivale a justo gobierno, y no hay gobierno justo sin conocimiento de la realidad. Y el conocimiento lo es de las Ideas. Y no hay conocimiento sin educación. Y conoce la dialéctica. Es la filosofía el garante y atizador de ese necesario proceso de ascenso hacia lo que es siempre; y es también, más, el *almuecín* que llama al descenso hacia lo que nace, porque

23 PLATÓN. *Las Cartas*. Carta VII, 326 A. Instituto de Estudios Políticos. Madrid (1970).

esa generación acoge pese a todo y en su mutable temblor una honda potencia de luz. Escribe Aristocles, en un añadido a sus notas, que en esa famosa Carta VII Platón dirá que o gobiernan los filósofos o aquéllos que «lleguen, por especial favor divino, a ser filósofos en el auténtico sentido de la palabra»²⁴. Y escribe también, no sin enigma, que nadie pregunte cómo lo ha sabido.

VI

¿Qué conocimiento es éste, tan arduosamente propugnado por Platón? Parece claro a todos que es un conocimiento de lo general y que ahí debe dirigir sus dardos la educación, versando no sobre las singularidades justas, bellas o buenas, sino sobre lo justo, lo bello y lo bueno. Es lo que ha de permitir al gobernante no caer en la red de lo diverso e ilusorio. En ese magma de estrellas el gobernante sabrá vislumbrar lo verdadero, la esencia que siempre existe. Aquella visión de conjunto lo capacitará para no perderse en los capítulos de la multiplicidad, armado como estará por la educación de un ojo lúcido que se volverá con el alma toda entera, y así contemplar el fuego verdadero y único que es fuente del Ser. El buen gobernante asumirá que el conocimiento lo será sólo si parte de esa visión global, que es, a la vez, visión de la unidad que subyace a las manifestaciones diversas de cada Idea: el Caballo habrá de galopar a lomos de los caballos, la Bondad sobre el rostro de los hombres bondadosos, la Belleza en la boca roja de las mujeres bellas..., y así. Por esto será dialéctico, y su visión lo catapultará por encima de lo diverso, arena en la que por otra parte siempre habrá de batirse con bien y presteza. No es ésta una cuestión en la que mi maestro -dirá Aristocles- admita réplica: el gobernante enfangará su túnica en el lodazal de la Caverna ingrata, por la que tomará partido hasta mancharse. Por obligación, también por convicción; por fuerza, con razonables palabras. Y qué. ¿A nadie asombra lo difícil y extremo, inhumano casi, de este compromiso? ¿Por qué razón habría de bajar alguien a los asuntos de la Caverna? ¿Qué puede impulsar a tan altruista compromiso?

¿No lo adivinamos? Sí, la Idea de Bien.

A estas alturas -escribe Aristocles, y conmueve- sé que puedo rendirme como se rinden los vencidos que han luchado hasta el final; no puedo expresar la Idea

24 *Ibid.*, 326 B.

de Bien más allá de los términos mismos del discurso platónico; y, sí, lo dirá claro: **no me es posible definir la Idea de Bien**. ¿Por qué tan largo viaje? (Oye los restallidos de la carcajada.) Alguien habrá de recoger el testigo en el lugar de mi caída, alguien que haga la pregunta correcta..., esto ha escrito Aristocles; y esto: antes dije que puedo rendirme como se rinde un vencido, y ahora, sin decirme, quiero decir que puedo hablar como habla un vencido sin la mácula del deshonor, antes bien, en alas del orgullo..., y sigue una retórica muy querida a Aristocles -él, que pretende distanciarse de lo poético-, pero que habré de ahorrar al lector, seguramente poco dado al tórrido mestizaje de la filosofía y la lírica.

En sus últimas y dispersas anotaciones, **Aristocles se ha rendido** al lenguaje de su maestro y entrevisto alguna luz en sus ocultaciones; **ha acabado por interpretar la Idea de Bien no en lo que *imposiblemente* es sino en lo que quiere hacer posible...** Y dicen -sus notas- que no sólo el gobernante, todo el hombre debe volverse entero a la luz, vuelta que es la de mirar con el alma arriba y en conjunto; que conocer es trascender y darse cuenta de la paradoja: tanto más penetramos en el secreto de las cosas cuanto más nos elevamos hacia lo que hay en ellas de común y general, su luminosa unidad, la que nombraron los primeros filósofos -*physis*-, pues intuyeron la progenitura de lo que existe respecto de lo que nace...; que **el Bien es indefinible** y fuera de su deseo no es nada, nada, sino una metáfora de la necesidad de dibujar un norte, un límite; y que es sublime..., pero esto significa no más que una petición que expresa la necesidad humana de conocerlo todo y absolutamente... Es mucho pedir, y Platón no lo ignoraba. Si el Bien no fuera lo que es..., ¿qué otro aliciente nos animaría a emprender tan arduo y ascético viaje?, ¿qué nos haría ser lo que somos? Esto es el Bien, termina Aristocles, nada en sí mismo y sin esencia, pero combustible de la razón como las ramas de tilo lo son del fuego de Eleusis: es el norte necesario, inexorable, es comprender la necesidad que tiene el hombre de conocer, vivir... y hacerlo como hombre. (Que los dioses revienten de gozo si es su prerrogativa, pensará quizás el Sísifo camusiano. No engañan a nadie.)

Cuánta ingenuidad la de Platón -dice la última nota de Aristocles. Y aquí lo vence, de nuevo, el descreimiento respecto de sus semejantes, pues no advierte a-

pesar de sus anteriores palabras que exaltan la condición singular del hombre, a pesar de una cierta satisfacción porque ha creído comprender la *funcionalidad* de la Idea de Bien-, no advierte, decíamos, el mérito de ese ser, ese hombre, ese hombre griego que se complace en la *poza lúgubre* de la Caverna.

O será que no lo entiendo..., esto escribió Aristocles.

FIN DEL COMENTARIO A LAS NOTAS DE ARISTOCLES DE ANTEAS

¿Por qué tan largo y sinuoso recorrido por las notas de Aristocles? Él declara su derrota, pues no ha logrado determinar qué cosa sea el Bien. Y, sin embargo, revela perfectamente su perplejidad (quizás también la nuestra) ante la Idea de Bien y ante el hecho de que sus condiscípulos se arrojaron insensiblemente a los brazos de la metáfora. También yo he sentido perplejidad ante el hecho bibliográfico de que *notables* autores escurren el bulto como aquellos muchachos escurrían un tratamiento claro y razonable del máximo principio platónico, dándose a un *cantinfleo avant la lettre* y fertilizando a nuestros hoy *próceres* con su huidiza verbosidad.

No sé si Platón pudo decir las cosas de otro modo. Tal vez empleó el único lenguaje posible entonces, el único que los griegos podían entender y el único que una filosofía en ciernes se podía permitir. Aristocles no lo advirtió enseguida, pero acabaría -finalmente- aceptando buena parte de la trama platónica. Platón no habla ni extenso ni claro acerca de la Idea de Bien, comprendo los enojos iniciales de su discípulo. Y es que no se trata de preguntar por el Bien, sino por lo que el Bien quiere dar a entender. Esto sí lo capta Aristocles en su derrota. **Lo que el Bien quiere dar a entender es que el conocimiento es posible, y es posible por necesario**, pues el mundo circunda al fin y al cabo nuestro destino humano. Puede saber a poco, y a demasiado tanta escritura. La de Aristocles, la mía. Es ahora y no descarto entenderlo peor que al principio. He llegado a sentir, no obstante, y en la nemorosa bruma de las notas del de Anteias, la calidez del corazón platónico, su convicción de que **el mundo no es un lugar extraño al hombre sino su ineludible (humana) morada**. Por eso hay que conocerlo, al mundo. ¿Qué es el Bien? No lo ha dicho mal el pobre Aristocles: es la conciencia de que el conocimiento es necesario y de que conocer es mirar con el alma y arriba, con la razón, con el

deseo. Mirar y desear una altura donde quizás -como dijo Nietzsche, aun por otro propósito- se hallan las verdades que dan que pensar, las más altas, las más profundas. Es también una apuesta, y una petición. **Y es algo más...**

Algo que se le escapa a Aristocles. Es relevante, creo (...es un resto de mi lectura). Desde ella, el Bien aparece muy prosaico, muy lejos de la vena lírica con que el muchacho se acercó a ese supremo Bien y que le veló lo que yo creo está a la base del diseño platónico. Lo diré pronto y claro. **El Bien no es más que la necesidad lógica de toda definición, una necesidad interna a la teoría de las Ideas.** Diré argumentos sabidos... Si yo puedo definir un concepto es porque lo puedo incluir en una clase o conjunto anterior que lo engloba; si puedo definir, a su vez, el conjunto de ese concepto que engloba al primero es porque hay todavía otro conjunto anterior que lo engloba del mismo modo...; quiero decir, puedo definir lo que es un *pupitre* porque el conjunto de las *mesas* lo contiene; y puedo definir una *mesa* porque la puedo incluir en el conjunto de los *muebles* y a éstos en el conjunto de las *cosas fabricadas* y a éstas en el de los *entes* que conforman..., digamos que el Universo, Dios o el Ser... Y debo parar, no puedo crecer así hasta el infinito, no debo cometer petición de principio, no debo..., sí puedo: postular un conjunto último y llamarlo..., ¿por qué no Idea de Bien? Así lo hizo Platón. Y no podía hablar ni con la extensión ni con la claridad que Aristocles demandaba sobre la Idea de Bien, excepto insinuar su *funcionalidad* lógica y la imposibilidad de definirlo, porque de poder hacerlo habría que postular un conjunto anterior y superior que lo englobase. Platón ya había llamado Idea de Bien a ese último, supremo e indefinible *contenedor lógico*. La Idea de Bien queda despojada así de toda mística y de toda lírica, es un postulado necesario de la definición, una necesidad de toda teoría del conocimiento. Punto.

Es así, y *me* sabo a poco. Quiero entrever en la Idea de Bien algo más, no tan estricto y riguroso, pero algo que atisbo en el Platón *menos lógico* (y que enteramente debo a Aristocles de Antea): **la Idea de Bien como una gigantesca hipóstasis** -a las que Platón es tan aficionado y el libro VII, por ejemplo, las exhibe sin cuidado- de algo que puede parecer excesivo viniendo de un ateniense orgulloso, **una hipóstasis de la dignidad humana; sí, otra metáfora...** Si a Platón le preocupa el conocimiento es porque le preocupa la integridad moral del hombre y su felicidad. Otro de sus discípulos, este sí triunfante, el estagirita Aristóteles,

supo verlo incluso desde la crítica cuando dijo que amábamos el conocimiento, pero sobre todo amábamos la vida. Las notas de Aristocles revelan, a veces, menos una preocupación teórica que una preocupación por las motivaciones vitales de la elaboración platónica. Quería desentrañar la estructura de la Idea de Bien, pero más saber de qué rincón del alma platónica brotaba tan escurridizo concepto. Y desde ese paradigma, más cercano a lo poético de lo que admitiría Aristocles, me ha abierto algo más que pura y rigurosa lógica. Por lo que a mí respecta, justifica de sobra la lectura de sus notas; y creo que su claroscuro empequeñece mis apreciaciones reduccionistas del Bien como necesidad interna de la definición.

Otros decidirán si Platón pudo decir las cosas de otro modo, por mi parte ya dije antes que el recién nacido lenguaje de la filosofía quizás no lo permitía. Quede para otro lugar una reflexión de largo alcance, la que Aristocles, de no haberse encelado en la Idea de Bien, hubiera podido iniciar sobre la base de su sorpresa ante el recurso constante y promiscuo de analogías por parte de Platón. Qué paradójico y descuidado: que en la determinación de lo real *la oblicua poesía* dispute el cetro a la filosofía desde la noche de los griegos. Otros han hablado de ello, y otros hablarán. Y de ahí, quizás, que Platón en su Carta VII dijera: «...no hay ni habrá jamás un tratado mío sobre estas cuestiones, porque **no cabe, en efecto, decirlo con palabras** (...) en ello sólo se entra después de frecuentarlo mucho y de gastar toda una vida en su meditación; sólo entonces, **de repente, cual llama viva, se hace la luz en el alma**, alimentándose, para siempre, de sí misma»²⁵. A cuantísimos equívocos no habrá dado lugar esa *viva llama* que se fagocita sin fin..., cuando -poco generoso, o temeroso Platón- al pie de su luz quizás no haya nada lírico ni místico, no más que aquella lógica celosa que he mencionado antes (quizás no, y haya *liberta' nella speranza*). Aristocles dijo no querer añadir nada después de tan desoladora negación por parte de su maestro. No comentó, sin embargo, otra negación terrible que de seguro lo desoló aún más: «no pienso que la llamada disquisición filosófica sea un bien para los hombres, excepción hecha de una escasa minoría de ellos que precisamente están capacitados para descubrir la verdad por sí mismos con un mínimo de iniciación»²⁶.

25 Ibid., 341 CD.

26 Ibid., 341 E.

Veintitantos siglos después, Bertrand Russell se quejaría con profunda amargura y en la intimidad de su autobiografía (1967), del daño recibido por esa disquisición filosófica que Platón guarda para unos pocos. Me conmueve -como a Aristocles- el hecho de que el probado escepticismo de Platón respecto al hombre, lo impulsara no a un feroz nihilismo sino a la preocupación cordial por sus conciudadanos y semejantes. ¿Que hay elitismo en su diseño político? No es éste lugar, pero si hubiere esa peligrosa altura, no emerge de una estúpida arrogancia de clase sino de un desencanto juvenil atezado por el año 399 AC, en Atenas, ante un proceso *legal* que aún escandaliza a la razón y al corazón; y que después la historia ha repetido tantas, tantas veces... Lejos de escorarse hacia la vida contemplativa de aquellos que «teniéndose por transportados en vida a las islas de los bienaventurados, no consentirían en actuar»²⁷, Platón optó por bajar a la Caverna, al riesgo de la risa y de la mezquindad de los prisioneros, de los que sabía le echarían mano si pudieran y lo matarían. Y optó por hacerlo, *armado* de «**algo tan débil como es la palabra**»²⁸.

¿Cómo conjugó Platón su escepticismo con el compromiso cívico que revela su obra? ¿En qué imposible crisol probó la aleación de su misantropía y de su filantropía? ¿Qué le dio fuerzas para superar la arcada ante la mucha mezquindad humana? ¿Merecía desvelo alguno la especie -y no sólo la ciudadanía- que aniquiló sin pestañeo, pero con mala conciencia, a Sócrates? ¿Qué rara enfermedad pudo impulsar a este hombre, Platón, a tan extraño afecto, a tan inútil dispendio de ambrosía en boca de asnos intratables?

Aristocles llegó a susurrarlo... ¿Quién sino el Bien?

Aun cuando Aristocles no acierta a vislumbrar la necesidad lógica del Bien, alcanza a determinar inadvertidamente su funcionalidad moral y política. Ni la primera, por celada; ni la segunda, por no lenitiva a su desánimo..., lo libraron de la melancolía de los *quemados por el Sol*... Por mi parte, me gustaría creer que a él -que, como Sócrates, jamás escribió una sola nota, una sola línea- le hubiera gustado la perversa y fingida heteronomía de mis oblicuas palabras.

27 PLATÓN. *La República*, 519 C.

28 PLATÓN. *Las Cartas*, 342 E-343 A.

«De esas comodidades del pensamiento elevadas a formas, ya no sé qué pensar; pienso que un hombre sólo las podrá intuir con el auxilio de la muerte, de la fiebre o de la locura.»

Jorge Luis Borges